

**BREVE HISTORIA
DE LOS PIRATAS**

SILVIA MIGUENS



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com
www.nowtilus.com

Título: Breve historia de los piratas
Autor: ©Silvia Miguens

© 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Editor: Santos Rodríguez
Edición: Juan Francisco Díaz Hidalgo
Coordinación editorial: Graciela de Oyarzábal
Marketing: Donatella Iannuzzi
Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN:978-84-9763-709-1

Libro electrónico: primera edición

*En un trabajo honrado lo corriente es
trabajar mucho y ganar poco:
la vida del pirata, en cambio, es plenitud
y saciedad, placer y fortuna,
libertad y además poder.*

BARTHOLOMEW ROBERTS
(1682-1722)

LA CANCIÓN DEL PIRATA

JOSÉ DE ESPRONCEDA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa a toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo el mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia a un lado; al otro Europa,
Y allá a su frente, Estambul.

«Navega, velero mío,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo a torcer alcanza,
Ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies».

»*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

»Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra,
Que yo aquí tengo por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quién nadie impuso leyes.

»Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho
Y dé pecho
A mi valor.

»*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

»A la voz de '¡barco viene!'
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo a escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

»En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual.
Solo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.

*»Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

»¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena
Quizá en su propio navío.

»Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.

*»Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

»Son mi música mejor
Aquilones,
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del ronco mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.»

»*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*»

ÍNDICE

<i>Todos los piratas...</i> (Introducción)	15
PIRATAS EN LA MITOLOGÍA Y LA LITERATURA GRIEGA	33
PIRATAS DE LA ÉPOCA OSCURA	47
LOS PIRATAS QUE VINIERON DEL FRÍO	105
EL TERROR BAJA DEL NORTE: LA ERA VIKINGA	121
PIRATAS EN EL CAMINO DE AMÉRICA	147
COMERCIO, TRANSPORTE Y MONOPOLIO	155
ABRIENDO CAMINO A LAS INDIAS	161
LA SEÑAL DE PARTIDA	171
CORSARIOS	175
LA AVANZADA FRANCESA EN AMÉRICA	189
BUCANEROS Y FILIBUSTEROS	201

COMPROMETIDOS, SIERVOS Y ESCLAVOS	209
PREPARANDO EL VIAJE	213
LA ISLA DE LOS TESOROS PERDIDOS	239
Y MÁS AL SUR TODAVÍA	243
NAUFRAGIOS	249
ALGUNAS BIOGRAFÍAS LIGERAS	253
Y LAS MUJERES TAMBIÉN...	287
BIBLIOGRAFÍA	301

Todos los piratas...

Desde el momento mismo en que los humanos comenzaron a producir bienes que consideraron propios y privados y esto determinó diferencias entre ellos, hubo quienes quedaron fuera de esos bienes y decidieron apropiárselos por la fuerza. Así surgieron los bandidos, bandoleros y salteadores que ponían temor a aquellos que transportaban riquezas por los caminos. A su vez, cuando algunos hombres descubrieron que podían viajar y transportar productos por el mar, se hicieron navegantes. Y cuando otros se dieron cuenta de que podían asaltar a esos navegantes, se volvieron piratas.

Mediante la invasión, las guerras de conquista, el dominio y el saqueo, se formaron riquezas personales y Estados. En medio de todo ello siempre hubo trabajadores autónomos, profesionales marginales, a veces mercenarios asociados a gobernantes y otras, patriotas luchando por la independencia, pero siempre dispuestos a compartir la tarea de quitarle la riqueza a los otros.

De esta manera, la piratería, al transcurrir paralela a la historia de la navegación, tuvo diferentes momentos de esplendor que coincidieron fundamentalmente con la cantidad de barcos cargados de mercancías que circulaban por los mares.

Desde los trirremes fenicios de una sola vela, dueños absolutos del Mediterráneo antiguo, pasando por sus primos los cartagi-

neses desplazando a los griegos con sus pentecónteras de cincuenta remos y eternamente enfrentados a sus vecinos romanos, hasta las modernas embarcaciones que aún hoy se dedican al pillaje en los mares cerca de Borneo y Sumatra, la piratería ha tenido momentos de gloria y de decadencia, con actores que han conocido la celebridad y otros que han sido devorados por el olvido.

Aunque pocos son los registros que nos quedan, muchos fueron los piratas que asolaron las aguas del Mediterráneo en la época arcaica sobre naves fenicias, griegas o romanas. Fueron aventureros hambrientos de riqueza o socios de unos u otros según se construían o desarmaban los imperios.

Empujados por el destierro reconstruyeron la geografía con los Pueblos del Mar que avanzaron por las costas del Mediterráneo buscando un lugar nuevo donde establecerse. Asaltaron barcos fenicios cuando éstos eran soberanos del comercio y de las colonias costeras, combatieron a los persas y pusieron en jaque al Imperio romano en uno de sus momentos de mayor crecimiento.

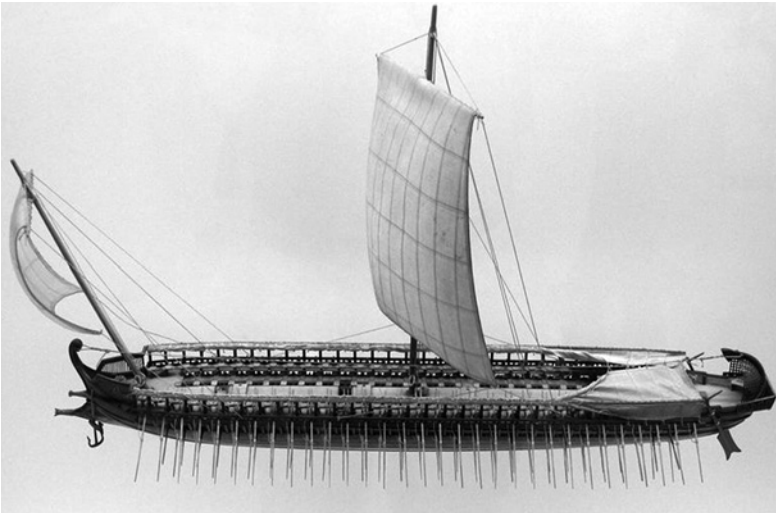
Desde el Norte llegaron en veloces *drakkars* de velas rayadas en el siglo VIII, cuando los rubios vikingos entraron en escena y dispersaron el temor por todas las costas europeas o en los *dhow*s mozambiqueños abrieron la mayor ruta comercial entre China y la península arábica llevando y trayendo productos para comerciar y esclavos para vender.

En el Oriente mismo, ya en el siglo XII, los *wokou*, temibles piratas japoneses, se adueñaron de las costas de China y Corea y pusieron en aprietos a las naves del emperador y a la posterior dinastía Ming.

Pero, de toda esta historia las mejores páginas pertenecen, sin duda, a los siglos XVI y XVII en que se dio la Edad de Oro de la piratería. Fue sobre las aguas calientes del Caribe donde se escribió el capítulo más característico de la historia de la piratería. Más allá de la construcción de los estereotipos que la hicieron famosa, la piratería como hecho histórico no fue un fenómeno simple o de manifestaciones aisladas de los mercaderes errantes o una delincuencia organizada con intenciones de saqueos y riqueza fácil, ni la expresión romántica de aventureros buscando la fama.

Aunque, por lo general, los piratas no reconocían más leyes ni gobiernos que los propios y su empresa era un acto autónomo en el cual arriesgaban la vida por una fortuna rápida, las actividades piráticas en una determinada región tenían como consecuencia la dinamización de la vida económica de la ciudad que les servía de base y en donde se volcaban los productos obtenidos. Allí se creaban numerosos empleos que generaban aumento de la población, se reactivaba la vida social y surgían especialidades profesionales, incluso dentro de la misma piratería, que exigía expertos en navegación, oficiales y capitanes, maestros de velamen, pilotos, médicos cirujanos, músicos, carpinteros, artilleros, herreros (J. y F. GALL, *El filibusterismo*, México, FCE, 1978, 160-162).

Si bien muchas ciudades fueron soladas y gran cantidad de pequeños asentamientos desaparecieron, también en el norte de África, en el Mediterráneo, en el Atlántico norte o en el Caribe crecieron prósperas ciudades donde antes solo había aldeas de pescadores o costas desiertas.



Trirreme griega, una nave utilizada frecuentemente por los piratas en el Mediterráneo. Deutsches Museum, Munich, Germany.

«La piratería exige necesariamente un circuito de intercambio; es inseparable del comercio. Argel no habría llegado a convertirse en un gran centro de corsarios sin llegar a ser, al mismo tiempo, un gran centro comercial» (FERNAND BRAUDEL, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 4a. reimpresión, México, FCE, 1997, Tomo II, 291).

En cualquiera de sus tiempos, la piratería fue siempre un fenómeno complejo que podía ofrecer una forma de vida para los piratas, un lugar de refugio para las minorías étnicas, religiosas, raciales, culturales o sexuales expulsadas de sus lugares, un negocio lucrativo para grandes empresarios y armadores o una empresa con motivaciones globales de hegemonía mundial para los monarcas y sus allegados.

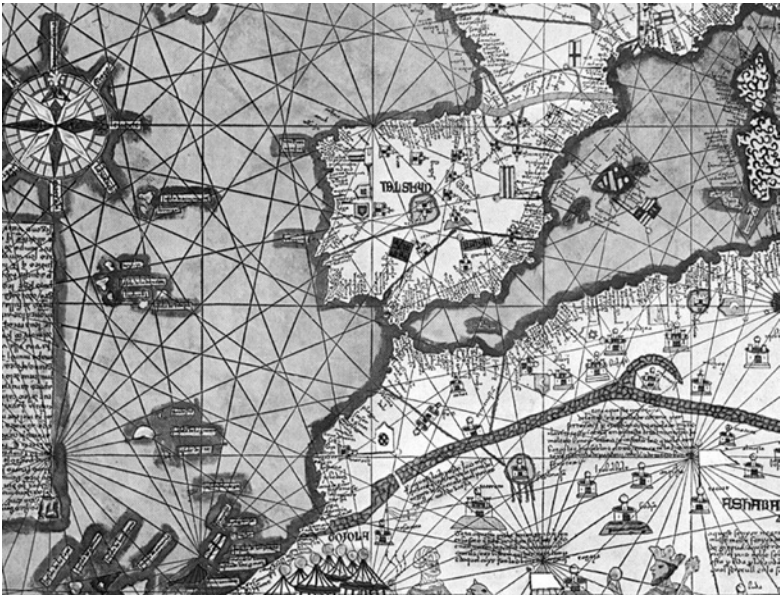
Como resultado de la carestía y la presión demográfica, la piratería congregaba a los distintos grupos de desheredados del mar, desertores, aventureros, exconvictos y gente de todo tipo que veían en esas naves que transportaban riquezas una posibilidad de cambiar su destino. Pero no todos los que llegaban a ser piratas procedían de las zonas más empobrecidas, muchos de ellos eran comerciantes adinerados que encontraban en el saqueo una manera de acrecentar sus fortunas.

Otro motor fundamental de esta actividad fueron los reinos o los países que rivalizaban por el control marítimo, ya sea en el Mediterráneo antiguo como en los océanos del siglo XVI, y que, al no poseer la fuerza necesaria para competir de igual a igual, vieron en la piratería una forma de entorpecer el tráfico de sus enemigos y de poder socavar su hegemonía. Era el complemento perfecto a la actividad de sus flotas militares regulares y comenzaron a contratar a estos grupos de saqueadores dando lugar a la figura del corsario.

En el siglo VI, Histieo y Dionisio el Foceo usaron la piratería para su batalla personal contra los persas, mientras que los piratas cilicios fueron un eficaz instrumento del rey Mitridates en su guerra con Roma. En el Caribe del siglo XVI fue la manera de suplir la pobreza y el subdesarrollo industrial y tecnológico que en ese momento tenían países como Inglaterra, Francia y Holanda, y

unido a la determinación de sus reyes de no quedar fuera del reparto del mundo que intentaban portugueses y españoles.

La piratería, que, en sus diferentes momentos, ha servido para acelerar la acumulación originaria del capital y potenciar el desarrollo de los países que se atrevieron a practicarla con éxito, permitió además, en plazos muy breves, a estos países acumular conocimientos técnicos y científicos sobre astronomía, geografía, cartografía, navegación a vela, aprovechamiento de las corrientes marítimas, construcción de barcos, artillería, conservación de alimentos, anatomía humana, cirugía, antropología e idiomas. Al tiempo que asaltaban las naves para saquearlas, asesinaban a la tripulación o a los pasajeros que pudieran causar problemas, seleccionaban a los notables para secuestrarlos y pedir rescate, también



¿Contribuyeron las actividades de los piratas a la confección de los portulanos, como este del judío mallorquín Abraham Cresques?

se apropiaban de toda la información técnica o científica que hasta entonces controlaban los peninsulares. Se copiaban los diseños de las naves, las armas, los instrumentos de navegación y todo lo que fuera de utilidad.

Estos capitanes, que muchas veces eran gente de muy alto nivel social y cultural en sus países, salían a hacer fortuna y a causar todo el daño posible al Imperio español y siempre estaban alerta de las oportunidades que pudieran surgir en el trayecto. Por ejemplo, como ocurrió el 20 de marzo de 1579 en el Golfo de Nicoya cuando Drake capturó una nave entre cuyos documentos encontró las cartas de la ruta Manila Acapulco, o cuando, al regresar del ataque al puerto de Cádiz en 1587, capturó la nave portuguesa «San Felipe» entre cuyos papeles halló la clave del comercio portugués con el oriente, esto es, rutas, tiempos de recorrido, puertos principales, datos políticos sobre las costas para una navegación segura y de esta información salió el plan para fundar la famosa Compañía Inglesa de las Indias Orientales, es decir el Imperio inglés.

Por otra parte, como lo había sido primero en el antiguo Mediterráneo, luego en el Atlántico y en el Caribe, las innumerables acciones piratas sirvieron también como enormes escuelas prácticas que capacitaron en el terreno a sus comandantes y a sus tripulaciones:

«La historia del Caribe en el XVI hay que verla como un campo de batalla donde se juegan, con los dados de los piratas, las coronas de los reyes de Europa. Ahí se gradúan de Almirantes los marinos ingleses» (G. ARCINIEGAS: *América mágica*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1959).

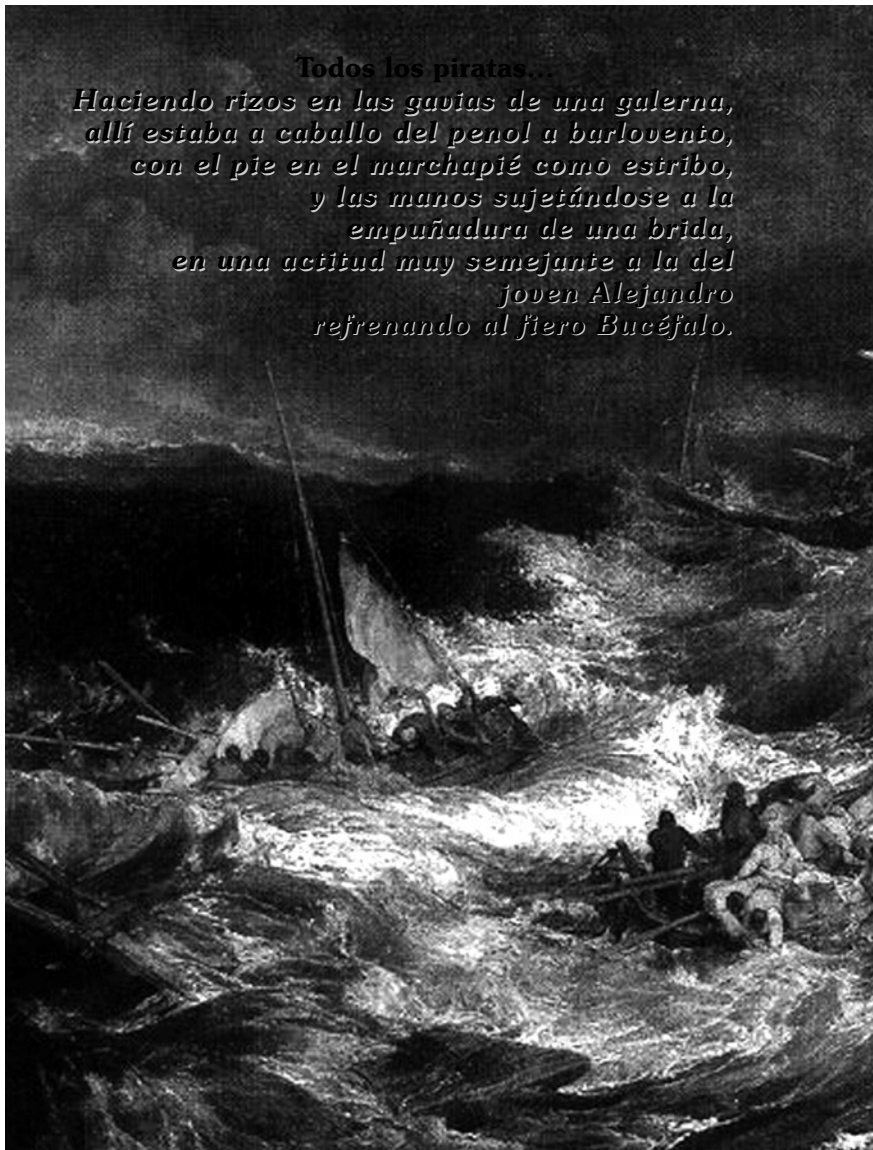
Por eso, a pesar de que la historia de la piratería es extensa, sin duda, la época de los más grandes y famosos piratas comienza cuando el navegante Cristóbal Colón llega a América. Es a partir de aquí cuando los conquistadores españoles encuentran un continente de riquezas nunca soñadas que da comienzo el gran juego de saquear al saqueador.

En Perú hay riquísimas minas repletas de toda clase de metales valiosos; plata, oro y piedras preciosas abundan en México y en las islas del Caribe las tierras fértiles dejan crecer nuevas especias y rarísimas plantas como la papa, el maíz o el tabaco que ellos desconocían. Pero para llegar a Europa con los pesados galeones cargados de esas riquezas, los españoles debían atravesar un mar repleto de naves armadas y sedientas de codicia por esos tesoros. De esta manera, mientras los conquistadores españoles saqueaban las riquezas de la América indígena, los piratas robaban esas riquezas a los barcos españoles que las transportaban.

Con ese pase de manos del oro americano se construía el nuevo mapa político europeo, de allí nacían los nuevos imperios, los estados modernos y, además, comenzaba a construirse la leyenda. Desde el mismo centro del Mar Caribe, de la mano de la literatura y luego del cine, surgieron las inconfundibles figuras con su andar de pata de palo, su medio mirar empatchado, ondeando banderas negras de calavera y tibias cruzadas, un mapa, dos pistolones al cinto y un infaltable loro al hombro. Los novelistas y Hollywood los hicieron buenos o muy malos, crueles o enamorados, pero siempre valientes y temerarios, dispuestos a la aventura y a dejarlo todo por su libertad.

Todos los piratas . . .

*Haciendo rizos en las gavias de una galerna,
allí estaba a caballo del penol a barlovento,
con el pie en el marchapié como estribo,
y las manos sujetándose a la
empuñadura de una brida,
en una actitud muy semejante a la del
joven Alejandro
refrenando al fiero Bucéfalo.*





Todos los piratas...

*Magnífica figura, arrojada a lo alto
como por los cuernos de Taurus
contra el cielo tormentoso gritando
con júbilo...*

HERMAN MELVILLE,
(Nueva York, 1819-1891)
de *Billy Bud*

Así como la piratería hunde su origen en el inicio mismo de la actividad humana, también es antigua su manera de nombrarla. Aunque actualmente consideramos diferencias entre el pirata como ladrón que roba en el mar y el bandido que asalta en los caminos, en el mundo antiguo ambos conceptos estaban muy asociados y no se expresaban estas diferencias.

El griego antiguo tenía diferentes vocablos para denominar al pirata. Por lado estaba *leistēs* que deriva de la raíz *leis* (botín) y es empleado con frecuencia por Homero y otros autores. El otro es *peirates* que procede de *peira* o *peirao* (tentativa, intentar algo) y, aunque no es mencionado en los textos de Homero ni en los autores del Periodo Clásico (500 al 330 a.C.), es el vocablo que ha seguido en uso desde entonces. Ambos términos podían referirse indistintamente a un pirata o a un bandido.

Otra palabra en griego es *katapontistes*, que significa «aquel que se lanza al mar» y se empleaba exclusivamente para referirse al pirata. Aunque esta palabra definía expresamente a los piratas, su empleo no era muy común y aun siendo mucho más preciso no prosperó en su uso.

Uno de los pocos autores que usa con frecuencia el término *katapontistes*, es el cuestionado historiador del siglo III a.C. Cassius Dio, y lo utiliza para distinguir expresamente la actividad marítima de los piratas de la terrestre de los bandidos. Para este autor, es precisamente la habilidad de los piratas de operar en cualquier lugar y de cualquier forma «*lo que de por sí les diferencia de los saqueadores o bandidos y les convierte en una seria amenaza*».

A la palabra *peirates*, que fue la que finalmente perduró y llega hasta nuestros días, se la encuentra por primera vez en una inscripción ática de mediados del siglo III a.C. en un decreto en honor a Epichares, responsable de la defensa costera. El decreto menciona un intercambio de prisioneros llevados por *peiratai* y el castigo para sus cómplices:

«... castigó a aquellos que trajeron a los piratas a nuestra tierra, hombres de la ciudad, que fueron interrogados de forma acorde a lo que provocaron con su acto».

Otro de estos primeros registros de la palabra *peirates* aparece en una inscripción del año 200 a.C. procedente de Egiali, en la costa septentrional de la pequeña isla de Amorgos. En ella se narra una incursión nocturna a la ciudad en la que los piratas tomaron rehenes y dos ciudadanos intentan negociar su liberación:

«...se unieron y presentaron ante Sokleidas, capitán de los piratas, para persuadirlo de que liberara a aquellas personas libres...»

En latín también existían dos palabras con sentido similar a las griegas. Por un lado estaba *praedo* que significaba botín y es el vocablo más utilizado por los escritores latinos. La otra era *pirata*, claramente derivada del término griego *peirates*. También podía emplearse el término *latro* para referirse al pirata, que en sus orígenes significaba *mercenario* y luego se convirtió en sinónimo de *praedo*.

Junto al término pirata que, a partir de sus usuarios en el Caribe, quedó institucionalizado para aquel que roba en el mar o viene por mar a robar en las costas, fueron apareciendo en su desarrollo histórico otros vocablos: *corsario*, *bucanero* y *filibustero*.

En algunos casos estas palabras se utilizaron como sinónimos, pero, aunque para sus víctimas resultaran indistintas, cada una tiene una acepción diversa y plantea una variante dentro del oficio de robar bienes cerca del mar.

El *pirata* era un empresario autónomo que actuaba indiscriminadamente contra cualquier navío mercante, lo que provocaba su persecución por los gobiernos que eran víctimas de esta piratería.

En cambio, los *corsarios* fueron aventureros que voluntariamente se ofrecían a las autoridades de un país para actuar en el mar contra los enemigos de esa nación. El tratadista José Luis de Azcárraga y de Bustamante los define así:

«Bajo el nombre de corso marítimo se comprende la empresa naval de un particular contra los enemigos de su Estado, realizada

con el permiso y bajo la autoridad de la potencia beligerante, con el exclusivo objeto de causar pérdidas al comercio enemigo y entorpecer al neutral que se relacione con dichos enemigos».

Es decir, los corsarios hacían lo mismo que el pirata, pero autorizados por su gobierno o el monarca de turno, para causar daños a una nación enemiga. Para ello utilizaban la *letter of marque* o *patente de corso* que les aseguraba un salvoconducto, al menos con las autoridades del país que se la expedía, y legalizaba sus vandalismos. De esta manera, el corso fue un recurso utilizado desde la antigüedad por reyes y gobiernos para reforzar sus armadas mediante el recurso de atacar al enemigo con estos particulares y, a la vez, compartir las ganancias obtenidas.

Muchos han sido los corsarios famosos por sus acciones de conquista y saqueo, como por el reconocimiento de aquellas naciones que ayudaron a liberarse durante las guerras de independencia. También ha sido muy diversa la fortuna y el final que han tenido. Es el caso de los ingleses Francis Drake, quien fuera armado caballero por la reina Isabel I de Inglaterra, y de Walter Raleigh, favorito de la misma Reina y decapitado por traidor y pirata por su sucesor Jacobo I cuando los tiempos políticos habían cambiado.

Los *bucaneros*, en cambio, son piratas de menor despliegue que presentan mayores diferencias en su origen y en su metodología. Inicialmente colonos de las islas, en su mayoría franceses, recibieron ese nombre por su método de ahumar la carne que vendían a los navegantes. Las agrupaciones de bucaneros no reconocían autoridad alguna por lo cual siempre eran un problema para los diferentes gobiernos, incluso los que propiciaban la piratería. A diferencia de los piratas, que solían limitar sus actividades al mar, los bucaneros no desdeñaban las actividades en tierra firme y mezclaban sus trabajos como campesinos con el saqueo y el pillaje, pero se mantuvieron siempre dentro del ámbito del Caribe.

A su vez, el término *filibustero* se utilizará para designar a los piratas que, asentados principalmente en la isla Tortuga y Jamaica, conformaron la Hermandad de la Costa. Eran en su mayoría bucaneros que se habían dedicado de lleno al saqueo, pero que ahora



Dos famosos corsarios que fueron tolerados en principio por la monarquía británica. A la izquierda, el nombrado caballero como Sir Francis Drake, en un óleo de Marcus Gheeraerts, el Joven, 1591 (National Maritime Museum, Londres). A la derecha Walter Raleigh (Fuente: *The Beginner's American History*, 1904).

formaban parte de agrupaciones con reglas estrictas. Su característica especial, que los diferenciaba de los otros piratas, era que, por lo general, preferían no alejarse de la costa. La bordeaban y saqueaban localidades costeras y barcos que eventualmente circularan por allí. El más famoso de estos filibusteros fue Henry Morgan.

Si bien los cuatro conceptos presentan variaciones y particularidades dadas por su origen o su conducta, estas diferencias solo son tenidas en cuenta en el ámbito académico, ya que todos ellos de igual manera mataban, robaban, violaban y secuestraban sin considerar estas sutiles distinciones.

Sin embargo, estos términos poseen distinciones ideológicas cuando se enfrenta el concepto de pirata con el de conquistador, cuando se compara la acción de particulares con la de un ejército de ocupación, la delincuencia en pequeña escala con la del imperialismo.



Henry Morgan (1635-1688), bucanero que llegó a ser gobernador de Jamaica. (Fuente: *Bucaneros de América*, A. O. Exquemelin).

Dice San Agustín:

«¿Si suprimimos la justicia, qué son entonces los reinos sino grandes latrocinios? ¿Y qué son pues los latrocinios sino pequeños reinos?

Una banda está formada por hombres, es gobernada por la autoridad de un jefe, está entretejida por el pacto de una confederación y el botín es dividido por una ley convenida.

Si por la aceptación de hombres desinteresados, crece este mal a un grado tal que toma posesión de lugares, fija asientos, se apodera de ciudades y somete a los pueblos, asume directamente el nombre de reino, porque ya la realidad le ha sido conferida manifiestamente al mismo, no por la eliminación de la codicia, sino por el uso de la impunidad”.

Esta fue una respuesta elegante y verdadera que le dio a Alejandro Magno un pirata que había sido capturado. Y es que

cuando ese rey le preguntó al hombre qué quería significar al tomar posesión del mar con actos hostiles, este respondió:

“Lo mismo que tú quieres significar cuando tomas posesión de toda la tierra; solo que yo porque lo hago con un pequeño barco, me llaman pirata, mientras que a ti, que lo haces con una enorme flota, te llaman emperador”» (SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, Libro IV).



San Agustín de Hipona, pintado por Sandro Boticelli en 1480.

Esta afirmación, y la ilustrativa anécdota que incluye, señalan con claridad que el uso de un concepto puede depender del poder que posee quien lo proclama y quien lo recibe. Pirata, saqueador o asesino es quien no posee un ejército de ocupación, aviones o tanques para legalizar su accionar. Se es pirata por utilizar medios mucho más limitados que quien oprime desde el poder.

No hay ninguna otra diferencia entre ambos, salvo la legitimidad que da la fuerza. En este caso la definición por la que el Estado es el monopolio de la fuerza legítima puede darse vuelta al afirmarse que lo que hace legítima la fuerza es el propio monopolio. Lo que hace de Alejandro un emperador es que posee el monopolio efectivo de la fuerza o de la piratería.

Esta idea, que para San Agustín resultaría aberrante, pues la legitimidad del poder se basa según él en la justicia, se ha convertido en una verdad de sentido común en nuestra época que confunde el monopolio de la fuerza con la paz y ve en esta paz, ejercida por la fuerza, un bien absoluto.

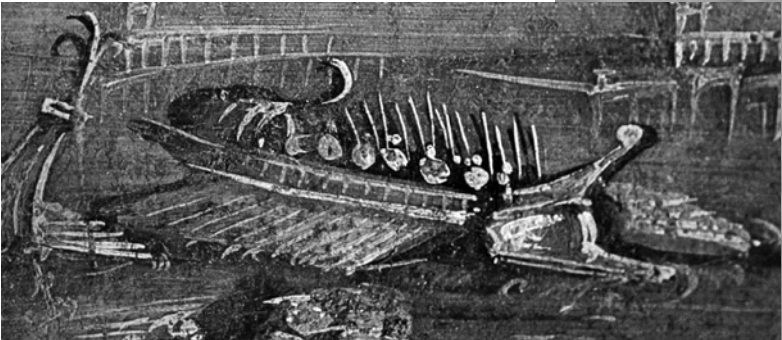
Las vías marítimas

Jacques Le Goff, historiador medieval nos cuenta como eran las rutas comerciales:

«...Pero, de modo muy especial, es el transporte marítimo el medio por excelencia del comercio internacional medieval, el que hará la riqueza de esos grandes mercadores que son quienes nos interesan en particular. También en este terreno los obstáculos siguen siendo grandes».

«En primer lugar tenemos el riesgo de naufragio y la piratería. Esta última actuó siempre en gran escala. Primero fue obra de marinos particulares, verdaderos empresarios de piratería, que la practicaban alternándola con el comercio. Estos marinos, para el desarrollo de su actividad establecían verdaderos contratos que aseguraban su parte de beneficio a los honorables comerciantes que financiaban sus empresas. Obra también de las ciudades y los

PIRATAS EN LA MITOLOGÍA Y LA LITERATURA GRIEGA



«¡Forasteros! ¿Quiénes sois?
¿De dónde llegasteis, navegando por
húmedos caminos?».

HOMERO, *Odisea*, Canto III, 69

A la vez que los piratas surcaban las aguas del Egeo y del Helesponto, que extendían sus dominios hacia los confines del Mediterráneo, también transitaban las aguas imprecisas de la mitología y de la primera literatura griega.

El robo y el saqueo aparecen en muchas de las historias de sus míticos personajes. Heracles, tal vez el mayor de los héroes griegos, debe pagar su penitencia por haber matado a sus propios hijos y a dos de sus sobrinos en un ataque de locura, mediante una serie de tareas imposibles. De los doce trabajos que debe realizar, cuatro de ellos son acciones de hurto; debe robar las yeguas de Diomedes, el cinturón de Hipólita, el ganado de Gerión y las manzanas del jardín de las Hespérides.

Pero, seguramente, una de las primeras acciones piratas de la mitología, ya que en este caso los saqueadores llegan por mar, es la que lleva a cabo Jasón en la lejana Cólquide.

Jasón y los argonautas

El relato mítico refiere que en Tesalia, en la vieja ciudad de Yolcos, reinaba Pelias, quien había conseguido destronar a su hermano Esón. El rey destronado tenía un hijo, Jasón, que, luego de ser educado por el centauro Quirón, regresa a Yolcos para reclamar su derecho legítimo al trono.

Al llegar, Jasón tiene que atravesar un río donde una anciana le pide ayuda. Él la toma en brazos y pasa las aguas. Esta anciana no era otra que Hera quien a partir de entonces sería su protectora. Pero al cruzar, la corriente le había llevado una de sus sandalias. Aun así se presenta ante su tío Pelias, quien se horroriza al verlo pues, además de saber que estaba ante el legítimo heredero, conocía un augurio que le había vaticinado que un hombre con una sola sandalia acabaría con su vida y le arrebataría el trono. Entonces decide deshacerse de él a la manera griega y le envía a una misión en la que seguramente encontrará la muerte. Le dice que si realmente es merecedor del trono deberá probarlo trayendo el vellocino de oro que se encuentra en el lejano país de la Cólquide.

Jasón no tiene más remedio que aceptar aunque sabe que la misión le sobrepasa. Él es un héroe atípico que no tiene la astucia de Ulises ni el valor de Aquiles, solo cuenta con los recursos que los demás le conceden. Es un jefe indeciso con una tripulación de héroes que lo supera y a la que muchas veces no sabe como manejar. Al enfrentarse a los peligros se muere de miedo y, por lo general, se refugia tras sus compañeros o tras las mujeres. Tiene la protección de tres diosas: Hera, Atenea y Afrodita y, cuando ellas no lo protegen directamente, lo hace Medea, su esposa.

Con un barco especialmente construido por Argo y una tripulación de cincuenta reconocidos héroes, entre ellos Hércules, Orfeo, Cástor, Pólux, Teseo y Atalanta, partieron los argonautas en su misión pirata a robar el vellocino de oro.

Dionisos y los piratas

Narra la mitología que cuando toda Beocia hubo reconocido la divinidad de Dionisos, el dios, hijo de Zeus y Semele, con la apariencia de un muchacho se detuvo a contemplar el mar en una playa desierta. En aquel momento pasó por allí una nave de piratas que al verlo desembarcaron y lo capturaron.

—Lo llevaremos a Chipre —dijo el capitán del barco—, y si pertenece a alguna familia rica, conseguiremos un buen rescate.

El dios sin oponer resistencia, se dejó atrapar, feliz de comenzar una nueva aventura. Los piratas lo subieron a bordo y lo amarraron al palo mayor de la nave.

Grande fue la sorpresa de los piratas al ver que el prisionero sonreía continuamente y, sin ningún esfuerzo, se desató los retorcidos y apretados nudos con que lo habían amarrado.

Un viejo marinero tomó la palabra y dijo:

—Amigos, no desafiemos a los dioses. Este jovencito no es un ser común como nosotros. Debe gozar seguramente de la pro-

tección de algún dios, y quizás sea él mismo un dios. Liberémoslo y honrémoslo como se merece.

Una carcajada general recibió el prudente consejo del viejo y el mismo capitán, burlándose, respondió:

—Lo liberaremos, sí, pero después de recibir un buen rescate por él. ¿No te das cuenta, viejo inútil, que los nudos que tu haces se pueden desatar con un poco de habilidad?

Dionisos fue dejado en libertad a bordo, pero no se movió de junto al palo mayor en que se apoyaba. Le divertían las maniobras de los marineros y lo alegraban las canciones que éstos entonaban.

La nave se dirigía a velas desplegadas hacia la isla de Chipre. Al anochecer, cuando los marineros se disponían a descansar, vieron asombrados que del palo en que estaba apoyado el prisionero surgía un arroyuelo rojo y de fuerte aroma. Era vino. Al momento el palo de la nave se transformó en el tronco de una vid y las cuerdas en una hiedra que se enroscó en el velamen y los aparejos. El asombro ante tal prodigio se transformó en terror cuando vieron que los remos eran terribles serpientes y el indefenso joven se transformaba en un enorme león.

Presa del espanto, los marineros corrieron hacia la popa del barco y uno a uno fueron arrojándose al mar. Al tocar el agua, los piratas se transformaron en delfines que escoltaron la nave que seguía navegando gallardamente.

Dionisos.
Jardines de
Aranjuez.



Troya

También la misma guerra de Troya, como acto de conquista, en esos diez años de sitio estuvo llena de hechos piratas. Tras desembarcar en Troya, los griegos aqueos además de atacar la ciudadela, se dedicaron a saquear las ciudades cercanas.

Aquiles, quien siempre estaba en la primera línea de frente, llevó a sus hombres, los mirmidones, de victoria en victoria y, bajo su mando, los griegos tomaron más de veinte ciudades y lograron un cuantioso botín.

Precisamente, al final del noveno año de lucha, cayó la ciudad de Lirneso donde la princesa real, Briseida, fue hecha prisionera y, en el reparto, su posesión le tocó a Aquiles. Aunque no por mucho tiempo. Pues, cuando Agamenón debió renunciar a su propia concubina para apaciguar a los dioses que habían destatado una peste, no tuvo mejor idea que resarcirse quitándole a Briseida. Este hecho, que hizo retirar a Aquiles y a sus hombres de los campos de batalla cambiando la suerte de los griegos, fue el episodio inicial con el que Homero relata la cólera de Aquiles en su *Ilíada*.

La Odisea

Tal vez escrita hacia el siglo IX, transmitida por vía oral durante siglos y cantada por los aedos en el siglo XI a.C., el relato de la larga vuelta a casa del héroe griego Odiseo (Ulises para los latinos) después de la guerra de Troya contiene varias referencias a la piratería.

Por ser una obra que se construye en los tiempos en que los griegos ya han desplegado su poderío por las tierras y los mares del Mediterráneo, aparecen en su relato las diferentes y opuestas posiciones frente a la actividad de los piratas que serán condenados, justificados y, a veces, elogiados.

La primera referencia que aparece en el texto surge cuando Telémaco llega a Pilos a la corte de Néstor, el anciano y extenso narrador de sus hazañas, en busca de noticias sobre su padre.

Los extranjeros y desconocidos, a pesar del recibimiento y la comida imprescindible para cumplir las obligaciones de hospitalidad, aparecen siempre como sospechosos y son acogidos con el resquemor de que puedan ser piratas que llegan en busca de información previa. La situación debía ser tan común que a los huéspedes se les asedia con preguntas para indagar sobre las razones de su presencia.

«Esta es la ocasión más oportuna para interrogar a los huéspedes e inquirir quiénes son, ahora que se han saciado de comida. «¡Forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis, navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?» (HOMERO, *Odisea*, Canto III, 69).

Odiseo logra sobrevivir a su naufragio y llegar a la isla de los reacios. Allí es recibido en la corte del rey Alcínoo, quien realiza diversos juegos en honor al huésped que aún no ha revelado su identidad. Cuando invitado, Odiseo rehúsa participar por no encontrarse con ánimo para hacerlo, Euríalo, uno de los atletas, lo increpa acusándolo de pirata por su aspecto:

«¡Huésped! No creo, en verdad, que seas varón instruido en los muchos juegos que se usan entre los hombres; antes pareces capitán de marineros traficantes, sepultado asiduamente en la nave de muchos bancos para cuidar de la carga y vigilar las mercancías y el lucro debido a las rapiñas. No, no tienes traza de atleta» (*Odisea*, Canto VIII, 158).

El aedo Demódoco ameniza la comida con un canto sobre la guerra de Troya y al hablar del episodio del caballo de Troya, Odiseo rompe a llorar. El rey manda callar al aedo y pregunta al huésped sobre su verdadera identidad. Odiseo se presenta y comienza a relatar su historia desde que salió de Troya. Primero cuenta la manera en que destruyeron la ciudad de Ismaro. Este breve relato,

que refiere una verdadera acción pirata, muestra el nivel de aceptación que esta actividad tenía entre los griegos antiguos:

«Habiendo partido de Ilión, el viento me llevó hacia el país de los cícones, a Ismaro. Allí asolé la ciudad, maté a sus hombres y, tomando las mujeres y las abundantes riquezas, nos lo repartimos todo para que nadie se fuera sin su parte del botín» (*Odisea*, Canto IX, 39).

Al continuar Odiseo con su historia hace referencia a la isla de los lotófagos donde tres compañeros comieron el loto y perdieron el deseo de regresar, por lo que hubo de llevárselos a la fuerza. Posteriormente, llegaron a la isla de los cíclopes y, al ir en busca de alimentos, dieron con la caverna de Polifemo, hijo de Poseidón. Aunque sus soldados le aconsejan saquear la cueva y huir, Odiseo, luego de haber saciado su hambre, prefiere esperar al cíclope y pedirle hospitalidad. Cuando regresa Polifemo y los descubre, los increpa con la consabida fórmula de desconfianza para forasteros que podían ser piratas:

«—Forasteros, ¿quiénes sois? ¿De dónde venís navegando los húmedos senderos? ¿Andáis errantes por algún asunto o sin rumbo como los piratas por la mar, los que andan a la aventura exponiendo sus vidas y llevando la destrucción a los de otras tierras» (*Odisea*, Canto IX, 252).

Odiseo ha regresado a Ítaca con prudente aspecto de mendigo y pide hospitalidad en casa del porquerizo Eumeo. Luego que este le brinda hospitalidad y alimentos, lo interroga sobre su identidad y su historia. Odiseo para ocultar su identidad elabora una pormenorizada historia donde relata que había sido un *hetairoi*, un jefe de expedición cretense y cómo, siendo una persona de fortuna, se había convertido en pirata por el gusto de las armas y de la aventura.

Esta historia, que Homero introduce con el pretexto de un invento de Odiseo como un relato dentro del relato, plantea la figura del pirata que pertenece a una clase social acomodada y que elige la piratería por vocación propia:

«Por mi linaje, me precio de ser natural de la espaciosa Creta, donde tuve por padre un varón opulento. Otros muchos hijos le nacieron también y se criaron en el palacio, todos legítimos, de su esposa, pero a mi me parió una mujer comprada, que fue su concubina; pero guardábame igual consideración que a sus hijos legítimos... Cuando las Moiras de la muerte se lo llevaron a la morada de Hades, sus hijos magnánimos partieron entre sí las riquezas echando suertes sobre ellas, y me dieron muy poco, asignándome una casa. Tomé mujer de gente muy rica, por solo mi valor; que no era yo despreciable ni tímido en la guerra. ... Diéronme Ares y Atenea audacia y valor para destruir las huestes de los contrarios, y en ninguna de las veces que hube de elegir los hombres de más bríos y llevarlos a una emboscada, maquinando males contra los enemigos, mi ánimo generoso me puso la muerte ante los ojos; sino que arrojándome a la lucha mucho antes que nadie, era quien primero mataba con la lanza al enemigo que no me aventajase en la ligereza de sus pies. De tal modo me portaba en la guerra. No me gustaban las labores campestres, ni el cuidado de la casa que cría hijos ilustres, sino tan solamente las naves con sus remos, los combates, los pulidos dardos y las saetas; cosas tristes y horrendas para los demás y gratas para mí, por haberme dado algún dios esa inclinación; que no todos hallamos deleite en las mismas acciones. Ya antes que los aqueos pusieran el pie en Troya, había capitaneado nueve veces hombres y naves de ligero andar contra extranjeras gentes, y todas las cosas llegaban a mis manos en gran abundancia. De ellas me reservaba las más agradables y luego me tocaban muchas por suerte; de manera que, creciendo mi casa con rapidez, fui poderoso y respetado entre los cretenses» (*Odisea*, Canto XIV, 191).

Odiseo continúa con su relato y refiere que luego de haber sido convocado a la armada aquea y participar del sitio y la destrucción de Troya regresa a su patria por un breve momento. Pero, empujado por su gusto por la vida aventurera, se siente nuevamente impulsado a salir como pirata:

«... estuve holgando un mes tan solo con mis hijos, mi legítima esposa y mis riquezas; pues luego incitome el ánimo a navegar hacia

Egipto, preparando debidamente los bajeles con los compañeros iguales a los dioses. Equipé nueve barcos y pronto se reunió la gente necesaria. [...] subimos a los barcos y, partiendo de la espaciosa Creta, navegamos al soplo de un próspero y fuerte Bóreas, con igual facilidad que si nos llevara la corriente. ... En cinco días llegamos al río Egipto, de hermosa corriente, en el cual detuve las corvas naves. Entonces, después de mandar a los fieles compañeros que se quedasen a custodiar las embarcaciones, envié espías a los lugares oportunos para explorar la comarca. Pero los míos, cediendo a la insolencia por seguir su propio impulso, empezaron a devastar los hermosos campos de los egipcios; y se llevaban las mujeres y los niños y daban muerte a los varones» (*Odisea*, Canto XIV, 243).

Los habitantes, alertados del saqueo, los atacan matando y apresando a la mayoría. Él logra escapar pidiendo clemencia al rey, quien lo protege. En Egipto logra acumular riquezas, pero es vencido por un, cuando no, inescrupuloso comerciante fenicio a



Las aventuras de Odiseo-Ulises y sus compañeros, también incluyeron sus actividades como piratas.

viajar a Libia; aunque su intención es venderlo como esclavo. Un naufragio cambia su destino y una ola fortuita lo arroja a tierra de los tesprotos donde lo encuentra el hijo de rey Fidón. En su palacio puede ver el supuesto botín logrado por Odiseo:

«...me mostró todas las riquezas que Odiseo había juntado en bronce, oro y labrado hierro, con las cuales pudieran mantenerse un hombre y sus descendientes hasta la décima generación: itantas alhajas tenía en el palacio de aquel monarca!» (*Odisea*, Canto XIV, 321).

El relato inventado por Odiseo culmina con un nuevo infortunio al ser asaltado por los mismos marineros que lo transportan a su patria y con una nueva huida que lo lleva a la isla de Ítaca y a casa del porquero Eubeo.

Esta historia tiene elementos significativamente similares a los vividos por el propio Odiseo, quien también vive una serie de infortunios, naufraga y es encontrado por la hija de un rey que lo acoge en su palacio y lo envía de regreso a su tierra a donde llega, aunque por propia decisión, vestido de mendigo.

Después del relato de Odiseo, toca el turno de contar su historia al porquero Eumeo. Para ello, Odiseo, lo interroga acerca de su vida y si ha sido capturado y vendido por los piratas en una de las prácticas comunes en esa época:

«¡Oh dioses! ¡Cómo, niño aún, oh porquerizo Eumeo, tuviste que vagar tanto y tan lejos de tu patria y de tus padres! Mas, ea, dime, hablando sinceramente, si fue destruida la ciudad de anchas calles en que habitaban tu padre y tu venerada madre: o sí, habiéndote quedado solo junto a las ovejas o junto a los bueyes, hombres enemigos te echaron mano y te trajeron en sus naves para venderte en la casa de este varón que les entregó un buen precio» (*Odisea*, Canto XV, 381).

Eumeo le cuenta a Odiseo que había nacido en la isla de Siria y que su padre, Ktesio Ormenida, reinaba sobre dos ciudades. Le refiere también que un mercader fenicio llegado a la isla había se-

ducido a una hermosa mujer también fenicia que había en su casa, la cual, a su vez, relata a su amante:

«Me precio de ser de Sidón, abundante en bronce, y soy hija del poderoso y rico Arybante, pero me raptaron unos piratas de Tafos cuando volvía del campo y me trajeron a casa de este hombre para venderme, y él pagó un precio digno de mí» (*Odisea*, Canto XV, 425).

Los mercaderes fenicios se ofrecen a rescatarla y llevarla de regreso a su ciudad. La mujer acepta y huye con ellos robando algunos objetos valiosos y raptando al mismo Eumeo que era un niño. El cual, finalmente, es vendido a Laertes, padre de Odiseo quien lo emplea como su porquero.

En este caso, Homero, vuelve a reiterar el recurso de las historias incluidas y paralelas con dos personajes que pertenecen a familias ricas y poderosas que son raptados y concluyen sus vidas como sirvientes de otros.

En otro momento de la obra, cuando los pretendientes conspiran contra Telémaco que ha logrado escapar a su acecho en el mar, planean una acción contra él propiamente pirata:

«Conque apresurémonos a matarlo en el campo lejos de la ciudad, o en el camino. Podríamos quedarnos con sus bienes y posesiones repartiéndolas a partes iguales entre nosotros y entregar el palacio a su madre y a quien case con ella, para que se lo queden...» (*Odisea*, Canto XVI, 364).

Poco después, cuando los confabulados pretendientes llegan al palacio, la misma Penélope increpa a uno de sus principales líderes recordándole una vieja deuda de su padre que, al ir tras unos piratas, había causado daño a un pueblo aliado:

«¡Antínoo, poseído de insolencia, urdidor de maldades!... ¿Por qué estás maquinando cómo dar a Telémaco la muerte y el destino y no te cuidas de los suplicantes, los cuales tienen por tes-

tigo a Zeus? No es justo que traméis males los unos contra los otros. ¿Acaso ignoras que tu padre vino acá huido, por temor al pueblo? Hallábase este muy irritado contra él porque había ido, siguiendo a unos piratas tafios, a causar daño a los tesprotos, nuestros aliados; y querían matarlo, y arrancarle el corazón, y devorar sus muchos y agradables bienes; pero Odiseo los contuvo e impidió que lo hicieran, no obstante su deseo. Y ahora te comes ignominiosamente su casa, pretendes a su mujer, intentas matarle el hijo y me tienes grandemente contristada. Mas yo te requiero que ceses ya y mandes a los demás que hagan lo propio» (*Odisea*, Canto XVI, 418).



Telémaco y Penélope en una ilustración del siglo V a.C.

La referencia final sobre piratas que contiene la obra es una reiteración del relato hecho por Odiseo a Eumeo. En este caso la escena se desarrolla en el propio palacio de Ítaca con Odiseo, vestido de mendigo, pidiendo alimento entre las mesas de los pretendientes. Cuando Antínoo se lo niega, le reclama su falta de generosidad y vuelve a referir la inventada historia en la que él, siendo un hombre importante, había actuado como pirata, aunque con algunas modificaciones a la que antes había relatado al porquero:

«Dame algo, amigo; que no me pareces el peor de los aqueos, sino, por el contrario, el mejor; ya que te asemejas a un rey. Por eso te corresponde a ti, más aún que a los otros, darme alimento; y yo divulgaré tu fama por la tierra inmensa. En otra época, también yo fui dichoso entre los hombres, habité una rica morada, y di muchas veces limosna al vagabundo, cualquiera que fuese y hallárase en la necesidad en que se hallase; entonces tenía inúmeros esclavos y otras muchas cosas con las cuales los hombres viven en regalo y gozan fama de opulentos. Mas Zeus Cronión me arruinó, porque así lo quiso, incitándome a ir al Egipto con errabundos piratas; viaje largo, en el cual había de hallar mi perdición. Así que detuve en el río Egipto los corvos bajeles, después de mandar a los fieles compañeros que se quedaran a custodiar las embarcaciones, envié espías a los parajes oportunos para explorar la comarca. Pero los míos, cediendo a la insolencia, por seguir su propio impulso, empezaron a devastar los hermosísimos campos de los egipcios; y se llevaban las mujeres y los niños, y daban muerte a los varones. No tardó el clamoreo en llegar a la ciudad. Sus habitantes, habiendo oído los gritos, vinieron al amanecer; el campo se llenó de infantería, de caballos y de reluciente bronce... Allí nos mataron con el agudo bronce muchos hombres, y a otros se los llevaron vivos para obligarles a trabajar en provecho de los ciudadanos. A mí me entregaron a Dmétor Yacida, un forastero que se halló presente, el cual me llevó a Chipre, donde reinaba con gran poder, y de allí he venido, después de padecer muchos infortunios» (*Odisea*, Canto XVII, 415).

A partir de los distintos momentos en que se hace referencia a la piratería en el texto homérico pueden establecerse las dos posiciones que serán reiteradas en el mundo griego. Por un lado aparece el temor y la descalificación de alguien por ser sospechado de pirata. Allí el concepto es negativo y rechazada la persona que puede serlo.

Por otra parte, surge la opción de la piratería como una actividad destacada para conseguir fortuna, en donde la condición de pirata no aparece como negativa, sino que, por el contrario, lo muestra como a un hombre de mar acostumbrado a la riqueza y al poder de mando; veterano en una profesión de riesgo, respetada entre los suyos y que lo dignificaba como líder.

Pero, salvo en la breve descripción en que relata el saqueo a la ciudad de Ismaro, esta posición elogiosa de la piratería aparece narrada por una especie de alter ego de Odiseo. Está realizada mediante el recurso de contar una historia que le pertenece a otro. Lo que podría revelar una postura vergonzante que acepta, e incluso elogia, la actividad pirata, pero que lo hace veladamente y en forma indirecta.

Claro que estas consideraciones acerca de las bondades de la profesión de pirata van a depender, como en muchas otras cosas, de en qué extremo de la espada se ubique el que las profiere.

Lo que sí aparece en forma reiterada, y descrita como una práctica común y aceptada, es la referencia hecha en diversas ocasiones sobre el botín humano, en donde las personas son raptadas para pedir rescate o para ser vendidas como esclavos. El comercio de esclavos será una de las características principales de la piratería del Mediterráneo y la venta o el rescate de personas darán lugar a la formación de importantes organizaciones piratas que llegarán a tener famosos centros para la compra y venta de esclavos como si se tratara de un auténtico mercado legal.

